

tiempo necesario; pues solo se ocupaban en los objetos de su ambicion y de sus placeres. Y las gentes de un órden inferior, no habiendo tenido nunca otra instruccion que la escasa que recibieron en sus primeros años, no podian hallar en su ignorancia defensa contra tan artificiosas seducciones.

Es verdad tambien que muchos varones llenos de celo y de ciencia, han escrito otros libros en que han probado con evidencia sus errores, sus falsedades y su mala fe; pero tampoco esto adelantó nada. Los hombres por la mayor parte no leen sino para pasar el tiempo y divertirse. Así leen con preferencia los libros frívolos que los entretienen, sobre todo los malignos y satíricos que llevan consigo la sal del chiste y la pimienta de la calumnia.

Mas los hombres serios y cristianos no pueden escribir libros de semejante especie.

Por otra parte, para poner en su luz asuntos delicados, y desenredar artificios y sofismas astutos, es indispensable usar de discusiones sabias y serias, que no sufren bufonadas y chocarrerías, y ménos son permitidas calumnias y maledicencias. Era pues casi imposible que las obras de los escritores sabios pudiesen tener los atractivos que halagan á los lectores rústicos y frívolos, y por esto no eran leídas de ellos. Ve aquí por qué su esfuerzo ha sido inútil. Aquellos para cuyo desengaño habian escrito, no conocian la obra, ó si llegaba á su noticia, el fastidio la arrancaba de su mano. Solo la leian

aquellos que no la necesitaban. De este modo el error se ha propagado sin contraste, y el remedio llegó tarde. Mejor hubiera sido prevenirle, y ahora parece el daño casi irreparable, si no se toman medidas mas eficaces para su remedio.

Este hombre desdichado gozó de su triunfo infame en toda la extension de sus deseos. Los sofistas de todas las naciones recurrian á él como al centro de su unidad, le ofrecian una especie de culto, y le reconocian como gefe y corifeo de la incredulidad. El los alentaba y los dirigia, y con la infatigable fecundidad de sus escritos mantenía el fuego infernal, y les afilaba las armas para el combate; pero ¡ay! todo lo mortal es caduco y limitado. Su imaginacion, aunque grande, no era infinita, y se halló por fin agotada. Llegó el tiempo en que acabó de vomitar todas las blasfemias, las novedades y los horrores que su malicia le pudo sugerir; ya no sabia qué inventar, y en los últimos años le fué indispensable repetirse hasta fastidiar y causar nausea.

En sus últimos dias vino á Paris, y en esa inmensa y corrompida Babilonia oyó tales aplausos y lisonjas que pocos han conseguido de sus contemporáneos: jamas se ha visto un pueblo tan frenético y embriagado de placer como Paris, cuando le vió en su seno; pero esto era consiguiente, pues esa Paris tan loca y tan fanática era la que habia bebido mas de sus inmundas aguas. Este pueblo que

tanto le aplaudia, era el mismo que mas habian corrompido sus escritos, y no es posible concebir á qué extremo llegó el furor de su idolatría.

Los muchos secuaces que habia formado en esta numerosa y ligera capital, le cercaron con aclamaciones y le llevaban en pompa. ¡Y qué gloria para su loca vanidad ver adornar su triunfo con tantas conquistas de su ingenio! Los mismos que por su seducción habian abandonado al Dios que sus padres adoraron, parecian adorar á un esqueleto descarnado, cuya larga vida se habia consumido en hacer guerra al cielo y á la tierra. La celebridad fué desmedida, el aplauso delirio, las aclamaciones frenéticas, y la embriaguez tan fanática, que las gentes por las calles iban de tropel en su seguimiento.

Pero mientras él se dejaba embelesar con esta aura de ruidosa y frívola celebridad, la pavorosa muerte amenazaba ya á su anciano y desmoronado edificio. Este titan impío que se mostraba intrépido cuando se sentia en salud, no era tan impávido cuando las enfermedades le avisaban el peligro de su mortalidad. Era notorio que dos veces se habia visto en Ginebra amenazado por la muerte, y que dos veces habia ocurrido temeroso al socorro de la confesion. Con esta experiencia todos descubrieron que este corazon tan pervertido no estaba enteramente muerto, que sentia cerca del peligro los estímulos del remordimiento; y los buenos tenian

alguna esperanza de que en su postrera hora se aco- giese á las lágrimas de la penitencia.

Pero esto no siempre lo concede el cielo, y suele algunas veces aterrar á los impíos con ejemplos terribles. Yo no me atrevo á escudriñar los secretos de Dios, y sé que á su misericordia basta un instante; pero la historia no podrá ocultar que Voltaire vino á Paris conducido por la vanidad; que el demasiado vapor del incienso con que se le recibió, sofocó sus ya cansados alientos; que la muerte se presentó á su puerta; que débil y postrado en el lecho, no fué ya dueño de sus acciones, y que muchas circunstancias contribuyeron á apresurar su fin cuando no se pensaba tan cercano.

Tampoco podrá esconder que sus secuaces y cómplices se apoderaron de su estancia, y que instruidos de lo que habia practicado en lançes semejantes, temieron una repetición que desacreditase en público su doctrina, y dejase una idea de la inconstancia de su gefe; que le cercaron de manera que apenas le quedó libertad para explicarse; que pusieron barreras á todos los caminos para que no pudiese entrar ninguna luz, ningun reclamo ni ningun ministro de la Religion; y que el infeliz, sorprendido por el error de un remedio mal aplicado, perdió de repente el sentido, y exhaló su postrer aliento sin haber lavado las muchas iniquidades y los pésimos documentos....

¡Desdichado fin! interrumpió mi amigo, cubrién-

dose los ojos con las manos, y poco despues añadió: ¡Ay señor cura, qué reflexiones me ha despertado vuestra historia! ¡Qué ciertos son los estragos que han producido sus escritos tan lisonjeros como corruptores! Yo soy una de sus mas infelices víctimas, y he visto que lo han sido muchos de los jóvenes de mi tiempo. Voltaire era nuestra ordinaria lectura; la novedad atrevida de sus opiniones nos sorprendia: la anchura que daba á nuestros corazones, quitándonos los terrores y abriéndonos las puertas á todas las pasiones, nos halagaba. Sus ligeros raiocinios nos alucinaban, y las continuas sátiras con que los sazónaba, nos divertian.

Con estas disposiciones era difícil convertir á á ninguno de los que estábamos pervertidos. Para conseguirlo hubiera sido menester sujetarnos á un estudio serio, á una instruccion seguida, en que poco á poco y con una progresion lenta y sólida se nos hubieran hecho conocer las mentiras, falsedades y horrores que hormiguean en sus fatales obras; y esto es lo que no queriamos hacer.

Os confieso que cuando en estos últimos tiempos, ya desengañado, he leído algunas de las obras que se han compuesto contra Voltaire, Rousseau y los demas sofistas, entre otras las de Mr. Bergier; os confieso, digo, que me he asombrado de la facilidad y la evidencia con que los convencen de sus mentiras atroces, de la claridad con que demuestran sus calumnias, y en fin de la fuerza y solidez

con que deshacen todos sus falaces raiocinios. Yo me espantaba de la ciega y estúpida insensatez con que habiamos dado crédito á los predicadores infernales de la incredulidad.

Es imposible leer con imparcialidad estos escritos sabios, exactos y verdaderos que los impugnan, sin convencerse de la mala fe de aquellos sectarios; pero para esto era menester no estar bien hallado con sus errores que lisonjean nuestras pasiones: era menester buscar la verdad con buena fe, y leerlos con deseo de encontrarla; y ni yo ni mis compañeros estábamos en esta disposicion, como no lo está la mayor parte de los lectores, aunque se comprendan en este número los que pasan por instruidos.

Vos habeis dicho muy bien, señor cura. La mayor parte de estos lectores no leen á Voltaire, Rousseau y los demas autores de esta especie, sino porque hallan en sus ideas opiniones que los halagan y divierten. Les seria muy áspero leer libros que los desengañen, y poco agradable leer aquellos que necesitan de aplicacion. El veneno es dulce, y la triaca les parece amarga. Esta es por lo comun la conducta de los hombres, conducta insensata, pues con ella caminan á su perdicion; pero general, porque nace de que no conocen el riesgo, y de que tienen poca idea de la importancia de las cosas.

Parece natural que en un asunto tan grave, en que se trata no ménos que de la eterna felicidad, ninguno se atreva á adoptar opiniones sin haberse

instruido ántes de todo para hacerlo con conocimiento, y que seria locura arrojarse á tanto peligro, sin haber ántes tomado todas las medidas que le puede sugerir su razon; sobre todo cuando ha recibido en su cuna una Religion que le pasaron sus mayores, cuando esta Religion le presenta grandes esperanzas y amenazas terribles, y en fin cuando la ve seguida y respetada en todos los siglos por los hombres mas sabios.

Aquí dije yo: Señor cura, por la descripcion que habeis hecho, me figuro ver á Voltaire como al Viejo de la montaña, con la diferencia de que este enviaba asesinos para dar la muerte á individuos; pero aquel enviaba libros pestíferos que la daban á pueblos, á naciones enteras, y aun si no se toman precauciones, la darán á los siglos venideros. Teneis razon, me respondió el cura: vuestra reflexion es justa, y yo tengo el mismo temor. Si sus libros subsisten, y no se instruye mejor á las naciones, preservándolas de su influencia con el estudio de la Religion, no hay gobierno seguro, no hay culto que pueda sostenerse, ni habrá costumbres que no se corrompan. No hablo solo del estudio que se da en la niñez enseñando un corto número de verdades eternas, sino de un estudio de la Religion que presente en grande su magestuoso edificio, que inspire tanta admiracion como amor, y que manifieste las pruebas evidentes que convencen que ella viene de Dios.

Estos son los únicos medios de arraigarla en nuestro corazon. Estos son los únicos principios que pueden determinarnos á morir ántes que perderla, á abandonarlo todo ántes que separarnos de su profesion; y si no se nos instruye á fondo en ellos, no somos cristianos sino de una manera obscura y confusa, esto es, por persuasion. Pero si los pueblos estan bien cimentados en su verdad; si conocen bien sus basas indestructibles y eternas, su antigüedad que nació con el mundo, las profecías que anunciaron al divino Redentor, su advenimiento tan asegurado y tan prevenido, los continuos milagros que evidencian su mision divina, su tan demostrada y auténtica resurreccion, y en fin, todas las demas pruebas que acreditan con evidencia su verdad, la falsa filosofia no podrá hacer nada contra una nacion bien penetrada de la certidumbre de la ley que adora.

El pueblo convencido de la verdad de su Religion, la amará, y obedecerá sus preceptos, y ellos le enseñarán, que aunque sea á costa de su vida, no debe tolerar que se altere su pureza, que se corrompa la integridad y candor de su Madre la Iglesia; de esta santa Madre que le recibió en su seno, á quien juró fidelidad y obediencia, y que con su fe y esperanza le conduce á las dichas de la eternidad. Tambien aprenderá á defender su rey, que es imagen de Dios sobre la tierra, y á quien ha jurado tambien fidelidad; y perderá mil veces su fortuna

y su vida ántes de consentir en la menor desobediencia.

Si los sofistas han encontrado tanta facilidad en trastornar las ideas religiosas en algunas gentes; si han podido lograr designios tan terribles y temerarios, es porque la incuria de la educacion las ha dejado en la ignorancia de las verdades de la Religion; es porque profesaban el cristianismo no por conviccion ni por un asenso íntimo de su alma, sino sin saber por qué, y sin ningun afecto ó respeto interior. La ignorancia léjos de poder inspirarles amor, no podia producir otra cosa que indiferencia. No era ni podia ser aquél culto de su corazon, sino de su costumbre. En una palabra, porque eran máquinas cristianas, y el primer ímpetu de contradiccion era capaz de desorganizarlas sin resistencia.

Ve aquí en mi juicio la causa principal de tantos estragos, y la que debe hacer temblar todas las naciones cristianas. No hay ninguna que no esté amenazada del mismo riesgo, y que no deba precaverse contra él por todos los medios. Aquí quisiera yo levantar el grito para que me oyeran todos los pueblos de la tierra, y decirles: Si teneis la dicha de haber nacido en el seno de la verdadera Iglesia, que vuestro mayor esfuerzó, vuestro primero y mas esencial cuidado sea el de instruiros á fondo de vuestra santa Religion, la única verdadera, la única que puede hacer felices en la tierra, y eternamente dichosos en el cielo. Penetraos de su verdad, y te-

ned el consuelo de saber que el mismo Dios, que se dignó de comunicarla á los hombres, la ha revestido de pruebas tan claras y multiplicadas, que no pueden dejar de convencer á la razon cuando con buena fe las examina.

Cerrad tambien los oidos á esas pérfidas sirenas, á esos maléficos sofistas, que no solo os inducen á atropellar lo mas respetable de la tierra, sino que se atreven á arrojar sus insultos contra el cielo. No escuchéis sus seductores y falaces racionios. Creed que vuestros padres, y tantos hombres grandes que les han precedido, y que siempre manifestaron tan religiosa sumision á los principios de la fe, eran mas sabios que ellos, y no estaban tan corrompidos. Así para que sus ataques no os encuentren sin fuerza, y para que podais burlaros de sus errores y delirios, aplicaos, estudia y comprended la santa Religion que profesais.

Sí, cristianos, enteraos de vuestra Religion: ella misma os defenderá contra todos sus enemigos, y tendréis la satisfaccion de no poder dudar, que esta Religion en que Dios os hizo la gracia de que naciéseis, es tan dulce y consoladora, como cierta y segura. Que si este Dios de bondad os presenta en ella misterios oscuros para el ejercicio de vuestra fe, tambien la acompaña de pruebas tan luminosas, de monumentos tan incontrastables, que es imposible que se esconda su evidencia á la sinceridad del exámen; vuestra propia razon bastará á convence-

ros que Jesucristo la dió á los hombres, que Jesucristo es Dios, que debemos creer cuanto nos dijo, y obedecer cuanto nos mandó, no ménos que á su Iglesia; pues la constituyó el órgano y la depositaria de su autoridad.

Me parece que en esta parte, dijo mi amigo, no tiene nuestra nacion que envidiar á ninguna. Yo no conozco otra que conserve tan pura la fe de sus mayores; por lo ménos no hay entre nosotros variedad de creencias: todos somos católicos, y estamos unidos de comunión con la Iglesia apostólica, romana. Tampoco esa falaz filosofia ha podido hallar acogida entre nosotros; nuestra educacion la resiste, y repugna á nuestro corazon. Por otra parte el gobierno con incesante afan la rechaza de nuestros confines, y hasta ahora, á Dios gracias, no ha podido el mortífero veneno de este monstruo infestar los corazones españoles.

Yo lo sé, le respondió el cura; y ha mucho tiempo que atribuyo la unidad de nuestra creencia á la vigilancia y atencion con que se sostiene no solo la pureza de la fe que brilla entre nosotros, sino tambien la paz interior, y la tranquilidad de que gozamos. Echo los ojos por todas las naciones, y veo que, las unas mas, las otras ménos, todas han estado y estan sujetas á turbaciones é inquietudes. Vuelvo la vista á la nuestra, y hallo que ella sola ha conseguido mantenerse siempre tranquila, tan sometida á los reyes que la gobiernan, como fiel al

antiguo culto que profesa. Busco la causa de ventajas tan inestimables, y no puedo encontrar otra que el cuidado de conservar la unidad de nuestros principios religiosos.

Pero aunque esto sea así, me parece que no basta para el riesgo que amenaza á la Europa, y que es preciso no solo conservar lo que se tiene, sino instruirse fundamentalmente para defenderse de los ataques que se pueden temer. Los riesgos son hoy mayores que nunca. La impiedad hace cada dia nuevos y rápidos progresos, y multiplicándose los peligros, es indispensable multiplicar los remedios.

Aquí exclamó mi amigo: No es posible negar que en todas las suposiciones y en todos los casos, el estudio de la Religion sea siempre muy útil y necesario. Nadie lo sabe mejor que yo, que he sido víctima infeliz de este descuido; y estoy persuadido que la ignorancia con que me educaron, así del espíritu y grandeza de la Religion, como de los fundamentos que prueban la divinidad de su origen, es la causa original de todos mis delirios. Me parece que si yo hubiera sabido en mi juventud lo que ahora, mi conducta no hubiera sido tan desenfrenada; y creo tambien que esta es la causa general de que nace no solo la impiedad de las opiniones, sino tambien la relajacion de las costumbres.

Por otra parte nada puede ser tan eficaz para amar cada uno su Religion, obedecer sus preceptos

y excitarse á la práctica de la virtud, como estar vivamente persuadido de su verdad, y vivir con la esperanza segura de los bienes inmortales que promete. Pero, señor cura, ¿os parece esto fácil? ¿Hallais posible que toda una nacion se instruya en un objeto que exige aplicacion, meditacion y estudio? Tres clases de personas componen por lo comun una nacion. Hablemos de cada una separadamente, para ver si es posible darlas, y esperar de todas que reciban esta instruccion.

La primera es la clase de gentes ricas ó acomodadas, que reciben en su familia una educacion distinguida. Yo quiero suponer la mas sobresaliente; ¿pero á qué se reducirá esta educacion? En su infancia, y cuando apenas tienen bastante inteligencia para entender las cosas comunes, se les enseñará por un catecismo las verdades mas indispensables de la Religion. Es imposible que entónces puedan comprender misterios oscuros y profundos: será menester repetírselos en edad de mayor reflexion; pero apenas empiezan sus facultades á desenvolverse cuando se les ocupa en la latinidad y otros estudios, sin que se les vuelva á hablar de Religion. Desde allí pasan al colegio, á la universidad, y á otras escuelas donde á excepcion de algunas que profesan piedad, tampoco se les habla de ella, y donde no se les ocupa mas que en fisica, teologia, derecho, medicina, ó en otras ciencias de esta especie.

Desde que se acaban estos cursos, cada uno se va por su lado á seguir la profesion que escoge. Los unos se casan, los otros siguen el comercio: cada cual emprende una carrera, pero en ninguna encuentra la ocasion ni los medios de volver á estudiar la Religion. Así solo pueden instruirse en ella los que por gusto propio, y porque una razon mas bien dirigida les hace conocer la importancia, quieren aplicarse de véras á este objeto; y ya se ve que en el curso ordinario de las cosas serán pocos los que tengan el gusto y el tiempo, las proporciones y la ocasion que exige un estudio tan serio. La mayor parte, abandonada á los secos y cortos rudimentos que aprendió en su niñez, apenas quedará con las nociones mas necesarias, y estas mismas serán muy estériles y diminutas.

Peor será la condicion de las personas de mediana esfera, que supongo ser de la segunda clase. Estas son las que naciendo en una familia que no puede vivir sino con su trabajo, necesitan de que sus hijos aprendan un arte, oficio ó profesion mecánica para subsistir con ella; y es claro que estas tendrán una educacion mas escasa y descuidada, y que apenas habrán aprendido á leer medianamente, apenas llegarán á la edad en que tengan la razon y la fuerza suficiente, cuando se les pondrá á estudiar ó practicar los rudimentos de la profesion que han escogido.

Desde entónces ya no estan en el caso de reci-

bir otra instruccion fundamental. Lo único que pueden hacer es escuchar los dias de fiesta algunos sermones, si su devocion los conduce; pero por lo comun nuestros sermones son muy útiles para exhortar á los persuadidos; mas no estan destinados ni para convencer á los incrédulos, ni para instruir á los ignorantes. No dudo de que Dios por su bondad suplirá con sus dones este defecto de instruccion, y que alumbrará á los buenos espíritus con su gracia; pero es cierto que yo no veo cómo sea posible extender una instruccion útil á las personas de esta clase.

Ménos veo la posibilidad en las gentes de un órden inferior, destinadas por la naturaleza á los trabajos mas rudos de la sociedad; por ejemplo, los labradores, arrieros, carruageros, y todos los trabajadores de esta especie, que ni siquiera aprenden á leer, y que no tienen otras ideas de la Religion, que las que les han dado sus padres, tan poco instruidos como ellos mismos. ¿Cómo, digo, esta masa de la nacion, la mas numerosa, y al mismo tiempo la mas ocupada, porque su pobreza la obliga á un trabajo incesante, que les embarga todo el tiempo y todas las atenciones, podrá entregarse al estudio de un objeto que supone una historia, y que necesita no solo de espacio y comodidad para escucharla, sino de ideas y facultades para sentirla? Desde luego confieso que este estudio es el mas digno, y el único necesario; pero examinando la constitucion de la sociedad, no veo....

No niego, señor, le interrumpió el cura, que á primera vista no se encuentren esas y otras grandes dificultades; pero puede ser que considerando la cosa de mas cerca, no sean tan insuperables como parecen: por otra parte, aun cuando se presentaran mayores, como el asunto es de tan alta importancia, merece que se hagan hasta los últimos esfuerzos. Tal vez no se conseguirá el fruto en toda su plenitud; pero se conseguirá lo bastante para dar por bien empleado el trabajo mayor.

¿Y qué, señor cura, le pregunté yo, pensais que podrá haber medio para obtener un bien tan importante? Yo pienso, me respondió, que se podrá obtener mucho, y á lo ménos lo suficiente para instruir en general á la nacion, para mejorar las costumbres, para ponerla en estado de resistir á los scismas de la falsa filosofia, y para defender en circunstancias difíciles á la Religion y á su rey. Si el asunto pendiera de mi mano, si yo pudiera reglar las cosas á mi arbitrio, ved aquí lo que hiciera. En primer lugar lo que mas nos falta, y lo que en mi juicio debe preceder á todo, es un libro clásico y elemental que nos exponga la historia de nuestra santa Religion con los monumentos que la atestiguan, con las pruebas que la convencen, y con las demas incontrastables basas en que estriba.

Este libro debe empezar por la creacion del mundo, y por el origen del cristianismo, en la promesa que hizo Dios á Adan de un Reparador: debe conti-

nuar hasta la venida, muerte y resurreccion de Jesucristo, que fué el Reparador prometido; y acabar por el establecimiento de la Iglesia á quien dejó su autoridad, declarándola depositaria de la verdad, é intérprete de su voluntad. Este libro debia ser conciso, metódico, y escrito con estilo tan corriente y claro que todo el mundo le pudiera entender.

Lo mas singular es, que despues de tantos siglos no exista todavía este libro tan importante y necesario. No digo que no esté todo en diferentes libros; pero esto necesita de tiempo y estudio que solo se consigue con mucha aplicacion. Yo quisiera que hubiera uno que por sí solo pudiera instruir de cuanto es necesario; y no le conozco. La gramática, las bellas letras, la teología, la medicina, los derechos, en fin, casi todas las ciencias tienen sus libros clásicos y elementares.

Estos son extractos ó resúmenes que contienen todos sus principios, y que reducidos á un compendio claro y luminoso dan idea de todos los conocimientos que cada ciencia ha podido enseñar, y que hacen fácil y cómoda la instruccion; porque en su corto volúmen presentan recogido lo que está derramado en otros muchos volúmenes. Casi no hay ciencia ó arte que no tenga esta especie de manual, que acorta el trabajo y facilita la enseñanza; y es cosa deplorable que la Religion sola no le tenga.

Bien sé que en todo tiempo se han hecho catecismos; pero no tengo noticia de ninguno, que lle-

ne todas las medidas que tengo hoy por necesarias. La mayor parte abrevia demasiado las materias, y solo son buenos para los niños; y fuera de esto solo se expone en ellos lo que se debe creer, sin que por lo comun se expongan ni se expliquen las razones y motivos por que se deben creer. Y en cuanto á mí, yo no he visto uno solo, aun comprendiendo los mas famosos que se han hecho en las naciones extranjeras, que en poco volúmen y en estilo de uso junte con las verdades de la Religion la fuerza y multiplicidad de las pruebas que la convencen.

De órden del concilio de Trento se publicó un extendido y sabio catecismo, produccion de las mas sublimes que han salido de la mano de los hombres; pero su objeto no era probar ni el origen divino de la Religion, ni la autenticidad de los libros santos. Suponia todas estas verdades, pues hablaba á cristianos, y solo se ocupó en explicarnos lo que la Iglesia nos enseña en conformidad de aquellos santos libros, y la virtud de los sacramentos; y yo quisiera que para desterrar este nuevo monstruo de la incredulidad que ahora se extiende tanto por el mundo, se añadieran al fondo de estas verdades, á mas de la historia de la Religion, las razones y motivos que nos deben obligar á su creencia.

Tampoco ignoro que los sabios de todas las naciones cristianas estan instruidos de todo esto; pero les ha sido preciso poner mucho trabajo y tiempo,